

# NOCHE DE CANTE JONDO EN LA ZARZUELA

La noche de cante jondo en el teatro de la Zarzuela, sin dejar de ser un espectáculo, ha sido, sin lugar a dudas, algo más, mucho más que un espectáculo. Claro que el aspecto de la calle antes de comenzar el acto —usamos esta palabra limpiamente funcional ya que no podemos llamarlo juerga, función, festival, recital ni solamente homenaje, aunque fuera un homenaje; tratábase sin duda de algo insólito— no se diferenciaba mucho del que ofrecían las noches del recital de Atahualpa Yupanqui o el espectáculo de Antonio Gades.

Estaban también los que tenían que estar, «los que son», los miembros de la Peña Vallecaña del Fosforito, los de la Peña Charlot, flamenca también a pesar del nombre humorístico, chistoso, y por ello castizo en última instancia, y para que nada faltase, la presencia de algunos aficionados del barrio de Tetuán completaba la representación del Madrid popular, donde lo castizo y lo flamenco han estado siempre tan estrechamente unidos como la propia historia de Madrid y Andalucía. Cargada de significaciones, nueva y vieja, fue transcurriendo la noche. Entre los flamencos «entendidos» de los pisos altos y los flamencos de la escena, el público madrileño esta vez no se las sabía todas. Cogido un poco por sorpresa y sin tiempo suficiente para estar bien informado, expectante, comprendiendo que la cosa ya no encaja bien entre lo exótico y que tampoco era aprehensible fácilmente con las habituales categorías del pensamiento racional avanzado, el público de este Madrid «rompeolas de todas las Españas» nos pareció desbordado por la veloz escalada del flamenco. ¡Qué «progre» madrileño no ha oído hablar hace tiempo de José Menese!

Claro, que el incentivo fundamental —¡que nadie se llame a engaño!— es el sabroso carácter contestatario presente en el romance de Juan García o en los nuevos cantes de emigración y plus valía de Enrique Morente. Antigua, más que vieja, fue la noche; aunque el virtuosismo pretencioso de algunos divos y «enterraos» pretenda para el flamenco una entidad aristocrática definitivamente inabordable para los que no fueron conjurados por los poderes ocultos; antigua porque así lo es, en la sensibilidad ibérica, la actitud flamenca ante la vida, actitud que es mucho más que un son de guitarra, son que, por otra parte, nadie puede recordar cuándo lo escuchó por primera vez, cuándo ni cuántas veces. Y nueva era la noche porque ante las claves mágicas de la cultura del libro y de la Universidad, del positivismo, del estructuralismo, de la mitotecnia y de la no menos mágica de la dialéctica con whisky, ante los estratégicos, tácticos, lúcidos e impotentes habitantes de la sociedad de consumo, se levantaba, estableciendo la conexión con nuestro pasado inmediato, una actitud entera ante la vida, la vitalidad

rotunda de los hombres del subdesarrollo; la riqueza superable, pero no insustituible, de la propia tradición; la energía potencial de los hombres del pueblo, la necesidad de vincular su corazón al pueblo y el pueblo a las concepciones superiores de la cultura, que no son más que especulaciones cuando no están asentadas sobre la actividad de un amplio bloque social conformador de la nueva situación histórica.

## CRONICA MAS DETALLADA DE LO SUCEDIDO

¿Quién no sabe del prestigio alcanzado por el ritual flamenco y de la abundante liturgia cuidadosamente mantenida y particularizada por los más conspicuos sacerdotes de tan sagrada religión? No debe extrañarnos, por lo tanto, la escasísima variación formal del flamenco desde hace muchos años. Pero vaya por delante nuestra enhorabuena ante la audaz intervención de Morente rompiendo el fuego de la noche por seguiriyas, dos con letras propias, frente a la negación rotunda de Antonio Mairena a cambiar el ambiente letrista y musical del cante. Veamos el contenido herético de la segunda:

*"Mare mía del alma, ¿qué pena más grande/que otro saque la ganancia e la tierra/y yo se la labre".*

Y de la tercera:

*"¿Qué es esto, Dios mío, ¿que nunca veo ganancia ni fruto/ a tanto sudor mío?"*

Junto a él, los veteranos compañeros de Zambra, Rafael Romero y Juan Vareca. El primero, flamenquísimo, y el segundo poniendo la única nota por levante de la noche, fueron, con Morente, acompañados por la guitarra de Pedro el del Lunar. Distintos cantes y distintos estilos en una actuación breve, llena de armonía (muy difícil entre flamencos) y profesionalidad; el grupo de Zambra se retiró con los primeros y abundantes aplausos de la noche. La voz recía de Cantero, que no ignoraba que estaba cantando entre los grandes, gustó y prendió con fuerza en el público, a pesar de hacerlo para acompañar a Merche Esmeralda, una gran sorpresa que en los tablados andaluces donde la habíamos visto anteriormente no habíamos calibrado como ahora. Bailando con todo el cuerpo, perfectamente compuesta la figura, bellísima figura; baile de mujer difícil de

ver hoy día y sin concesiones a los feminismos fáciles o a los movimientos y desplantes esperados a que nos tienen acostumbrados la mayoría de las bailaoras; sensibilidad y frescor en todo momento y sin romper en ningún instante la armonía. El acompañamiento corrió a cargo de Paco de Antequera. Manuel Cano nos ofreció un solo de guitarra con el dominio y virtuosismo de siempre, acompañando después, contra su costumbre y calidad de concertista, a Antonio Mairena. ¿Qué menos merece Antonio Mairena que una excepción para su excepcional dominio del cante? El altavoz que iba anunciando el orden de las intervenciones hizo también una excepción con un preámbulo a la actuación del maestro, por el que éste hacía saber «que, pese a quien pese, lo que iba a cantar no es cante del pueblo, sino propio de él». Sin continuar ahora la polémica, tenemos que decir que Mairena nos conquistó cantando, una vez más, a pesar del preámbulo y de que la guitarra de Manuel Cano sonaba demasiado, y le entregamos, como toda la sala, una larga ovación, con la que quedaba cerrada la primera parte. Descanso, cambio de cintas en los magnetofones, abundancia de poetas, sociólogos ex críticos, periodistas, jóvenes directores de cine que harán algún día buenas películas ambientadas en el flamenco, y un bar que no podía atender todas las peticiones y nos daba limonada cuando pedíamos jerez. Aprovechamos para echar un vistazo al programa, que traía el retrato de Juan Talega y una nota sobre el mismo, magníficamente escrita, de Caballero Bonald. De nuevo en la butaca volvemos a contemplar un público atento y dispuesto a estar allí hasta el amanecer. Con otro cantaor-testimonio, José Menese, comienza la segunda parte:

*"Pasa el señor a caballo/y no da los buenos días,/si el caballo fuera cojo/otro gallo cantaría".*

Menese, con su voz incomparable, le muerde bien al cante; excesivo en los gestos, como en todo, parece que le va a quitar la guitarra a Manolo Sanlúcar, el joven y buen guitarrista que hizo todo el gasto, ya que, contra lo anunciado, no pudieron asistir Paco Lucía, Melchor de Marchena y Niño Ricardo. Curro Mairena, cantaor no profesional, fue, sin resabios ni martingalas, de lo mejor y más auténtico que escu-

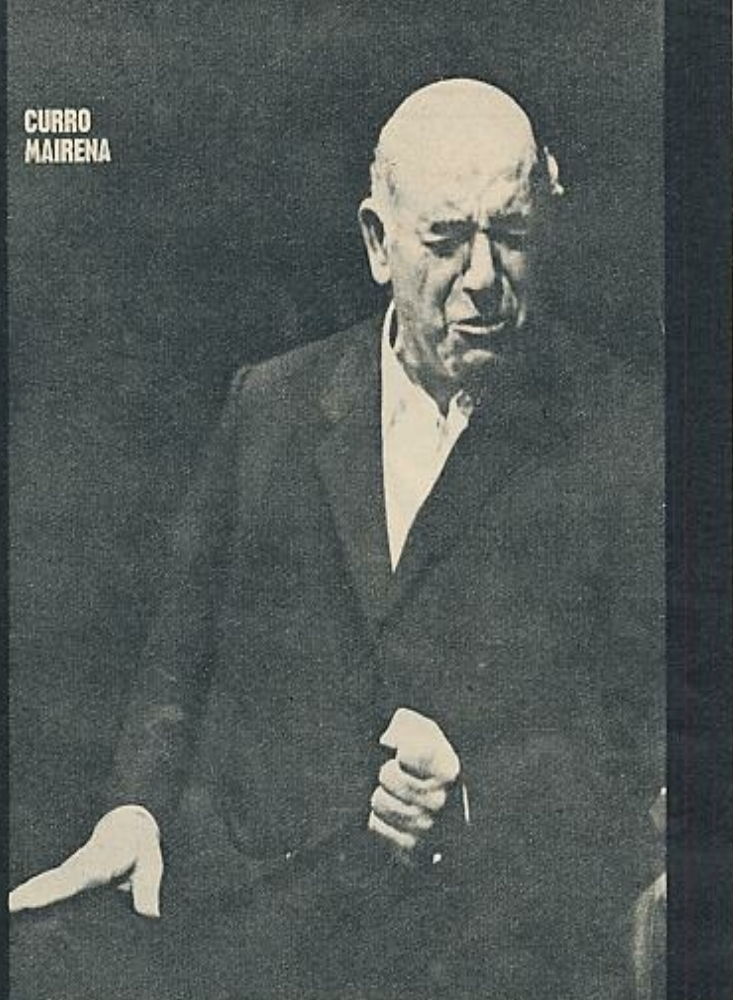
chamos. No así Manolo Mairena, que luchó dramáticamente durante media hora, pleno de facultades, sin lograr entusiasmar. Una buena actuación de El Lebrijano, a quien muchos recordarán en el espectáculo de Gades, y que dijo: «Voy a cantar por soleares, que no se ha cantado aquí esta noche». Y cantó, breve y con personalidad, y gustó mucho. Con una gran personalidad también. El Camarón, un gitanillo de diecinueve años que volvió loco al público con sus cantes gaditanos que, según me dijo una vez, se los había enseñado su madre, «que es una gitana vieja que sabe muchas cosas». Fernanda, que con Bernarda y Pepa forma el gran trío de mujeres cantaoras de Útrera; Fernanda, con esa voz inconfundible que contiene el sentimiento para dejarlo caer cadenciosamente quebrando la voz y el cuerpo; Fernanda, fea según dicen y guapa como ninguna, con un pelo negro y brillante y una voz gitana de verdad, oscura y trágica; Fernanda, que sale a las tablas con la naturalidad de la mujer de su casa que prepara unos huevos fritos, que jalea la fiesta, que sanciona los actos; es quizá la última representante de la mujer sacerdotisa. Y de nuevo Antonio Mairena, que pronuncia unas palabras de homenaje a Juan Talega, que, enfermo en su pueblo, no pudo asistir. Mairena cantó en nombre de su octogenario amigo y maestro una toná, la que, según él, hubiera cantado Talega...

*"Serían las cuatro de la mañana,/mi madre a mí me encontró..."*

Grande, poderosa y tremenda la toná, ese antiguo cante sin guitarra, voz a palo seco suficiente para expresar la queja... Y nuevos aplausos de un público totalmente rendido al cantaor. ¿Por qué no cantaron por martinets el resto de los cantaores, como es ya costumbre al final de todos los festivales andaluces? Una buena tanda de martinets hubiera proporcionado al público la más grata impresión última. Alguien gritó pidiéndole a Menese que cantara... Salgo a la calle y escucho los comentarios: «¡Lo que ha cantado Mairena no hay quien lo cante!», dice un conocido aficionado. «Sí, es verdad —contesta otro—, pero no me hace beber vino». Terrible acusación a las cuatro de la mañana. ■ F. ALMAZAN. Fotografías: RAMÓN RODRIGUEZ.



FERNANDA DE UTRERA



CURRO MAIRENA



JOSE MENESE



MERCHE ESMERALDA



ANTONIO MAIRENA



EL LEBRIJANO Y MANOLO SANLUCAR